

PRIMER PREMIO CATEGORÍA B

LUCÍA CARCELÉN DÍAZ, 4.º A

ABUELO....

A lo largo de mi vida, mi abuelo me ha contado muchas historias; desde historias bonitas de hadas y dragones hasta otras no tan bonitas de guerra y muerte; pero, sin lugar a duda, a día de hoy me enorgullece poder contar la historia de su vida.

Nació el 18 de julio de 1936; de nombre le pusieron Miguel haciendo referencia a su padre. Su familia era humilde, no tenían mucho; pero tampoco les faltaba de nada, ni a él ni a ninguno de sus 9 hermanos, aunque la felicidad a ellos les duró poco. Cuando empezó la guerra civil, un día antes del nacimiento de mi abuelo, el pueblo necesitaba un cabeza de turco, alguien que no fuera popular, alguien con buen corazón dispuesto a ayudar a sus vecinos: mi bisabuelo. Lo pusieron como alcalde de un pequeño pueblo, lugar donde vivían en esa época. En ese momento, ellos no se podían hacer una idea de la que se les venía encima.

Durante la guerra perdieron todas sus propiedades y esto empeoró mucho su calidad de vida. Ya solo les quedaba una pequeña casa a las afueras y, por supuesto, su familia, esa unión que pensaban que nunca les podrían quitar.

Pasaron hambre y sufrieron las traiciones de aquellos que aparentaban ser sus amigos. Tanto mi abuelo Miguel como sus hermanos salían todas las mañanas a la calle a buscar restos de comida como la piel de una naranja o cualquier cosa con la que pudieran sobrevivir. A veces tenían suerte, encontraban algo y no les veía nadie; otras veces se encontraban con gente del otro bando y, aunque eran niños que no defendían a ningún bando y que no sabían ni siquiera las razones de esa absurda guerra, les insultaban y apedreaban como si de gorrinos se tratase.

A lo largo de este tiempo en el que aún continuaba la guerra, mi bisabuelo intentó calmar los ánimos de los ciudadanos o al menos salvar a su familia de ese horrible destino que se les avecinaba, pero sus intentos fueron en vano y ese destino ocurrió mucho antes de lo que tenían previsto. Una noche como cualquier otra recibieron la inesperada visita de algunos del otro bando, y no, no era una visita de cortesía para alzar la bandera blanca y terminar con la guerra en ese pequeño pueblo; todo lo contrario, entraron por la fuerza, arrestaron a mi bisabuelo y se llevaron con él a sus dos hijos mayores, Luis y Antonio.

Mi abuelo, que por aquel entonces solo tenía 2 años, presenció todo esto junto a sus hermanos. Mi bisabuela, sola, sin trabajo y sin ningún recurso con el que poder alimentar a sus 8 hijos, sacaba fuerza de donde no tenía nada para andar 15 km todas las semanas y poder ver a su marido y a sus dos hijos en la cárcel, para poder darles unos ánimos que ella ya no tenía. Pero como una mujer fuerte y valiente, que es lo que ella era, sacó a su familia delante, hasta que un día que como otro caminaba hacia la cárcel, no llegó a su destino: a mitad del camino se enteró de que habían ejecutado a su marido Miguel, a Luis y a Antonio. Cayó al suelo desolada sin saber qué hacer y después de unos minutos de indecisión, tomó el camino del cementerio para buscar los cuerpos de su familia.

En una pila de más de 30 cuerpos encontró a los tres con un tiro en la cabeza, se quitó la falda, los cubrió con ella y los enterró. No tuvieron el entierro más digno ni el más bonito, pero al menos estaban con una persona que los quería con locura, cosa que no todos tuvieron la suerte de tener; muchos de esos cuerpos fueron enterrados en descampados o en sitios que aún se desconocen.

Mi bisabuela volvió andando al pueblo donde dio a sus hijos esta terrible noticia, algunos ya lo esperaban, otros tenían esperanza en volver a verlos con vida, pero una vez más recibían otro duro golpe que debían afrontar y seguir hacia delante, aunque no todos pudieron, una de las hermanas mayores cayó enferma del corazón y murió a los pocos días.

En 1939 terminó la guerra, mi abuelo cumplía ya los tres años de edad y para él y su familia los años de la postguerra fueron muy duros, pasaron muchas penurias por lo que decidieron mudarse a Valencia a buscar trabajo y nuevas oportunidades.

Su calidad de vida mejoró considerablemente, fue pasando el tiempo y mi bisabuela falleció a sus 79 años de edad, después de esto mi abuelo decidió volver al pueblo donde había crecido para honrar la memoria de su padre, para que esas personas que participaron en su ejecución vieran que no habían conseguido acabar con ellos, que la unión entre su madre y sus hermanos no se había roto, todo lo contrario, ahora era mucho más fuerte.

Con 20 años mi abuelo conoció a una joven y bella dama de la que se enamoró por completo, se casaron y tuvieron 5 hijos que crecieron en un ambiente tranquilo y mi abuelo, su padre trabajó día y noche para poder darles la infancia que él no pudo tener, y con mucho orgullo a día de hoy puedo decir que lo consiguió.

Hoy Miguel tiene 84 años y aunque nunca olvidara todo lo pasado, siempre saca una sonrisa para sus nietos e hijos y sobretodo nos enseña el valor de permanecer unidos pase lo que pase.